

José Ballesteros De la Puerta

El Reto

Cómo disfrutar la responsabilidad
de tu propia vida

BELACQVA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2003, José Ballesteros De la Puerta
© 2003, Belacqua de Ediciones y Publicaciones, S.L.
Tavern, 40, 08021 Barcelona
Primera edición: mayo 2003
Diseño de cubierta: Marina Krenn
LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
ISBN: 84-95894-64-5
Depósito Legal: B-19.475-2003
Maquetación: Anglofort, S.A.
Impresión: Hurope, S.L.

Impreso en España – Printed in Spain

*«Estás aquí con un propósito.
En todo el ancho mundo no existe
ninguna copia de ti.
Nunca ha existido.
Nunca existirá.
Fuiste enviado aquí para cubrir una cierta necesidad».*

L. AUSTIN

**A María José, ni siquiera en mis mejores sueños
pude imaginar una mejor esposa, y nuestros seis regalos,
Emilio, María, Andrea, Álvaro, Marta y Fátima.
Cada día me recuerdan que esta vida es un fabuloso reto
con un magnífico propósito.**

Índice

| | |
|--|-----|
| Prólogo | 11 |
| Carta al lector | 13 |
| 1. Todo empezó con una reunión | 21 |
| Primer Pilar: PREPARACIÓN | |
| 2. ¿Nos vamos de excursión? | 31 |
| 3. El estudio nunca termina | 41 |
| 4. ¿Estoy solo? | 48 |
| Segundo Pilar: PROTECCIÓN | |
| 5. Precaución: enemigo a la vista | 59 |
| 6. Existen ladrones de tumbas y... ¡Hay ladrones de sueños! | 71 |
| 7. Aprendiendo a hacer fotos bien enfocadas | 76 |
| 8. Es mejor ser caña de bambú | 83 |
| Tercer Pilar: PROYECCIÓN | |
| 9. Recordando la excursión | 95 |
| 10. Puestos a pedir, pidamos lo mejor | 103 |
| 11. La mejor tarjeta de visita | 109 |
| 12. En el asilo | 114 |
| 13. Actúa como si... .. | 120 |
| Cuarto Pilar: PERSEVERANCIA | |
| 14. Mi hermano nunca se cansa | 129 |
| 15. Ah, pero ¿hay obstáculos? | 134 |
| 16. Sólo yo decido cuando he fracasado | 143 |

Consecuencias

17. ¡Hay que premiarse! 155
18. El profesor que aprendió de sus alumnos 163
De bien nacido es ser agradecido... 169
Tus experiencias me importan 174

Prólogo

Desde la coherencia

Un libro, que merezca tal nombre, es siempre un diálogo entre autor y lector. Leí *El reto* antes de conocer al escritor y desde las primeras páginas del relato sentí el deseo de tenerle cara a cara. Aquel texto que tenía en la mano no era un simple ejemplar de autoayuda tan abundante hoy en el mercado. No eran cuatro recetas adobadas con técnicas más o menos sofisticadas aprendidas en cualquier manual. El autor mojaba la pluma en su propia vida; no decía lo que al lector le gustaba encontrar, sino que mostraba lo descubierto en su propia existencia: era valiente y a veces descarado. Hay que echarle valor para sacar a relucir palabras que tienen hoy poco mercado: «perseverancia», «obstáculo», «fracaso», mientras se les busca un sentido desde «expectativas positivas», «construir», «metas concretas», «sonrisa».

Por fin conocí a José Ballesteros y todo me cuadró. *El reto* suponía lo que expresa el vocablo: objetivo o empresa difícil que constituye ocasión para superarse. Así lo entendía él y así lo ofrece. Habla de esfuerzo y de lucha pero enfocada como «un disfrutar la responsabilidad de la propia vida». La vida como tarea.

Los que desde hace años venimos ocupándonos de la familia y la educación, encontramos también en estas páginas un filón. El matrimonio, para que mantenga su armonía creciente, necesita de constante trabajo, se ha de construir con metas concretas que se han de estrenar cada día. La familia

presupone un proyecto para diseñar qué se quiere y cómo se quiere, además de una atención permanente para mantener con perseverancia el rumbo emprendido. La educación requiere provocar en el alumno esa «comunicación interna», uno de los pasajes más acertados del libro, por su novedad. El maestro –que así me gusta llamarlo– orienta y estimula, pero ha de ser el educando quien reflexione en su interior y se convierta en un conquistador de verdad y libertad en la fragua de su personalidad.

Siempre he pensado, antes de leer un libro, que si su lectura me aporta una idea, ya he invertido bien el tiempo. Aquí he encontrado más de una y he reforzado otras muchas.

ANTONIO VÁZQUEZ GALIANO,
presidente de *Fomento de Centros de Enseñanza*

Carta al lector

Querido lector:

Hace ya unos cuantos años una de las universidades más prestigiosas del mundo realizó un importante estudio que concluyó algo que muchos podíamos intuir, pero que nadie hasta entonces había analizado de manera seriamente argumentada: en la dicotomía aptitud-actitud el 85 por ciento de las probabilidades para alcanzar el éxito en la vida recaen en la actitud. Es decir, si bien tener una preparación correcta es importante para conseguir lo que uno se proponga, lo absolutamente fundamental es tener una actitud adecuada.

La universidad que realizó ese estudio fue HARVARD. También el Carnegie Institute of Technology llegó a esta misma conclusión: el 15 por ciento de lo que uno gana se debe a sus habilidades técnicas, el restante 85 por ciento a sus habilidades personales. En sus estudios, el Dr. William Menniger descubrió que entre el 60 y el 80 por ciento de los despidos laborales se producían por incompetencia social. Sólo del 20 al 40 por ciento eran por incompetencia técnica.

Años más tarde, a principios de los noventa, en otro estudio, entre más de doscientos vendedores en los Estados Unidos, la Universidad de HARVARD analizó las cualidades básicas de los vendedores excelentes respecto de los buenos, mediocres o definitivamente malos. Se concluyó que hay dos cualidades básicas en todo vendedor con extraordinarios resultados: la empatía y la

actitud. Otra vez la actitud como piedra angular del edificio de nuestro éxito.

Daniel Goleman, escritor de extraordinario prestigio, y cuyo libro INTELIGENCIA EMOCIONAL se convirtió en un best seller de enormes proporciones, nos viene a decir que para alcanzar lo que queramos en la vida el coeficiente intelectual (en contra de lo que venía siendo habitual en la concepción tradicional), no es lo que constituye la diferencia entre el éxito y el fracaso en una persona. Existe otro tipo de inteligencia que tiene mucho más que ver con el éxito de toda persona: la inteligencia emocional. ¿Y qué es ésta? Ciertamente podríamos decir que es un sinónimo de actitud.

Así las cosas, plantearnos conseguir, mantener y desarrollar una actitud constructiva es un objetivo fundamental si queremos alcanzar nuestros propósitos, incluida la tan ansiada felicidad.

Pero ¿qué es la actitud constructiva?

Seguro que has oído hablar de la «actitud positiva», o de mantener una «correcta actitud». Pues bien, la «actitud constructiva» va más allá de la actitud positiva.

Verás, llevo ya cinco años estudiando todos los libros que encuentro y asistiendo a cuantas conferencias sobre actitud positiva que puedo, así como he aplicado sus principios a diario en mi vida personal y profesional, precisamente durante una etapa que, para muchos, no puede considerarse precisamente fácil. Desde VESP ayudamos a decenas, cientos de personas a conseguir, mantener y desarrollar una actitud positiva, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que este término se quedaba corto.

Un día entendimos el porqué de las muchas críticas que los escépticos, los llamados «realistas» y los decididamente negativos

vierten sobre la idea de una actitud mental positiva. Según ellos, los que vamos por la vida con esa clase de conducta nos quedamos en las buenas palabras, y que la realidad es que tras esas buenas palabras lo que se esconde es una renuncia a ver y afrontar los problemas y obstáculos que la existencia plantea. Es una crítica ciertamente fácil de rebatir, por lo simple de la misma, pero no deja de ser verdad que en todos estos años he conocido a más de una persona que dice desarrollar una actitud positiva cuando, en efecto, caen en lo que todas estas personas critican.

¿Dónde está entonces la solución? Precisamente en los términos. Ser positivo es una cosa, ser «constructivo» es un escalón superior.

Déjame que te lo demuestre con un ejercicio que planteamos en nuestros talleres de desarrollo personal «Nacido para el Éxito». Imagínate que recibes en herencia un terreno de las dimensiones que tu quieras, imagínate que es como el que te dibujo a continuación:



Te puedes hacer la casa de tus sueños en donde tú quieras dentro de «tus tierras»; ahora bien, la parte de color blanco son arenas movedizas, el terreno sólido sólo comprende la esquina oscura de la derecha. ¿Dónde la construirías?

La respuesta es obvia, ¿verdad? Cien de cada cien participantes en nuestros cursos contestan como tú: «sin lugar a dudas la construiría en el terreno oscuro». Efectivamente, si tenemos que levantar unos cimientos, debe hacerse en un terreno duro y compacto, por pequeño que sea.

De la misma forma, la persona con una «actitud constructiva» sabe que toda situación, por difícil que sea, tiene algo favorable; por ello no sólo piensa en positivo, (enfocando lo que hay de positivo –terreno sólido– en cada situación), sino que su enfoque tiene un claro propósito: construir sobre ello sin desdeñar o negar las adversidades con que pueda toparse en cada momento, al tiempo que toma conciencia de dichos contratiempos y opta, consciente y voluntariamente, por construir desde lo positivo que esa situación depare, por pequeño que sea. Y esto lo afirmamos porque está claro que es netamente más fácil construir desde lo positivo que desde los escombros de lo negativo.

El maravilloso país de Holanda sabe bastante al respecto. Una buena parte de su terreno ha sido ganado al mar... construyendo desde tierra firme.

Una persona con «actitud constructiva» no se queda en meras palabras bonitas, una persona con actitud constructiva sabe que al ser humano se le mide por sus acciones y no por sus palabras. No en balde, la persona con actitud constructiva sabe que hablar es muy fácil, hacer es lo que cuenta. Construir es el reto. Por ello dicha persona vive la importancia de formar a partir del elogio y obviar la crítica. Criticar es fácil, todo el mundo tiene una opinión, pero construir es un reto, y eso es lo que a las personas con actitud constructiva nos gusta: construir para crear un mejor entorno.

Muy probablemente te pase como a mí, que oyes a menudo a la gente quejarse de lo penosa que es la vida, y que al preguntarles lo que ellos hacen para mejorarla, te responden que ellos no son nadie, que no pueden hacer nada. Puede que uno solo no pueda cambiar el mundo, pero si cada uno de nosotros se construye a sí mismo desde una actitud constructiva, podrá contribuir a un entorno más agradable para las personas que lo rodean, bien sea en el trabajo, la escuela, los amigos, la familia, esa pequeña pero fabulosa empresa que está constituida por dos personas que se quieren y sus posibles descendientes. Si esto lo hacemos en nuestro reducido pero esencial entorno, ¿te imaginas, amigo lector, la revolución que podríamos conseguir en pocos años? Lo sé, pensarás que soy un loco soñador, pero lo maravilloso es que en estos últimos y desafiantes años de mi vida he conocido y sigo conociendo fabulosos seres humanos tan soñadores como yo.

Sea que eres un «loco soñador» como yo, o sea que quieres vivir una vida más plena, feliz y enriquecedora, este libro te puede ayudar a conseguir, mantener y desarrollar una actitud constructiva que te lleve a disfrutar la vida que siempre has querido. Te la mereces y nadie te lo impide, ¿o sí?

Siéndote sincero, te puedo responder ahora mismo. Hay una persona que muy probablemente te lo viene impidiendo desde hace tiempo. ¿No sabes quién es? Por favor deja este libro de inmediato en la estantería de donde lo has tomado y busca un espejo: la persona que veas reflejada en él al mirarte es la que te lo está impidiendo.

Ciertamente en esta vida no podemos controlar todo lo que nos pase, y mucho menos lo que ocurra a nuestro alrededor, pero sí hay algo que cada uno de nosotros podemos controlar: nuestra habilidad para responder a cuanto nos suceda de una mane-

ra constructiva, en lugar de destructiva. Y como habilidad que es, se puede adquirir. Y lo bueno es que, como leerás en esta historia, cada ser humano ya nace con esta capacidad.

Puedes pensar «es que yo soy así, soy negativo por naturaleza» o «yo no me creo eso». Con mucho cariño, y perdona mi atrevimiento sin siquiera conocerte personalmente, te he de decir que ese pensamiento es fruto de una creencia inculcada incorrectamente. Todos nosotros nacemos para vivir una vida plena y feliz.

Quizás te sirva este último argumento que te voy a plantear para que decidas darte una oportunidad, lo utilizo constantemente en los talleres de desarrollo personal: si hay, aunque sea muy pequeña, una parte de ti que ansía una vida mejor, si algo dentro de ti te está diciendo «me gustaría ser más feliz, tener una vida más plena», o estás pensando sin querer «¿y si tuviese razón?», entonces, aunque ahora mismo quizás no creas nada de lo que te estoy diciendo, date la oportunidad de aprender a convivir contigo mismo de manera constructiva y correr el riesgo, si pones en práctica estos principios, de ser más feliz.

*Un hombre de una valía extraordinaria, Abraham Lincoln, dijo: «**casi todas las personas son tan felices como deciden serlo**», y tenía mucha razón, por más paradójico que pueda parecer. Muchas personas, al ser preguntadas por su felicidad, contestan con evasivas o explican su infelicidad atribuyéndola a razones externas a ellas. Como si su voluntad y su realidad no pudieran coincidir. Pero lo cierto es que la felicidad de cada uno se debe más a una decisión personal que a las posesiones que tengamos, el trabajo que realicemos, el dinero que ganemos o cualquier otro aspecto material de nuestra vida.*

Si dudas de esto pregúntate a ti mismo y a cuantos te rodean qué es lo que realmente os hace felices. Las respuestas por lo general son del tipo: «la sonrisa de mi hijo», «el abrazo de mi madre», «un te quiero que sale del alma», «un paseo al atardecer»... Sí, la gran mayoría de nosotros somos felices con cosas que no son materiales.

Sé positivamente que aplicar lo que vas a leer en el relato que tienes en tus manos te puede ayudar a conseguir, mantener y desarrollar una actitud que te lleve a vivir de una manera más feliz consiguiendo lo que te propongas a lo largo de tu existencia.

El relato que tienes en tus manos es una obra de ficción. Pero no te dejes engañar. Está basado en unos principios que han ayudado a mucha gente a vivir mejor. Lo sé por experiencia. Lo sé en primera persona.

*Aprende cómo funciona tu mente, aplica las vías que vas a leer en esta narración y te aseguro que estarás mucho más cerca de alcanzar la vida que siempre has querido. Ese es **el reto**, tu reto, nuestro reto.*

Te deseo, de todo corazón, una vida plena y feliz.

JOSÉ BALLESTEROS DE LA PUERTA

1. Todo empezó con una reunión

«Malgastamos tres cuartas partes de nuestra vida para ser como las demás personas».

SCHOPENHAUER

–Yo quiero ser alguien muy importante cuando sea mayor. Quiero ser el mejor piloto de aviones del mundo –contestó Miguel a la pregunta de Ángel.

–Yo quiero tener un gran coche, como papá, que corra mucho y nadie pueda adelantarme –era Marcos, el compañero de pupitre de Miguel. Un chico alto y delgado al que, a pesar de tenerlo todo, nada le parecía bastante.

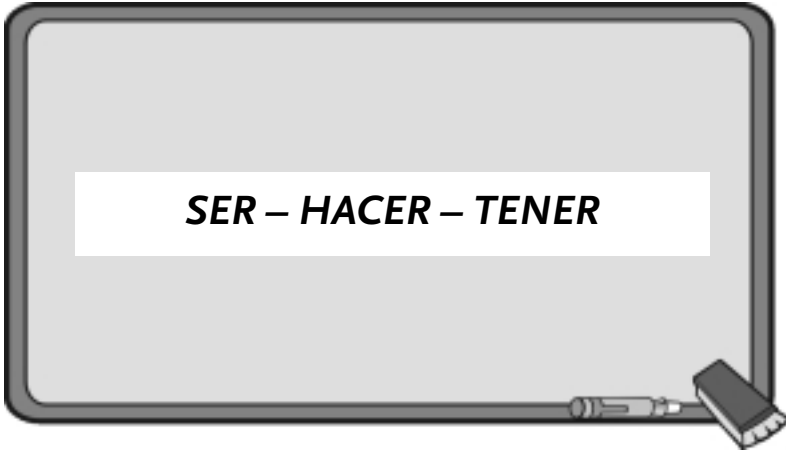
Sin tiempo para que Ángel, el profesor, hiciera ningún comentario, Fátima tomó la palabra:

–Yo quiero ser la mejor mamá del mundo y también actriz de cine y llegar a Hollywood.

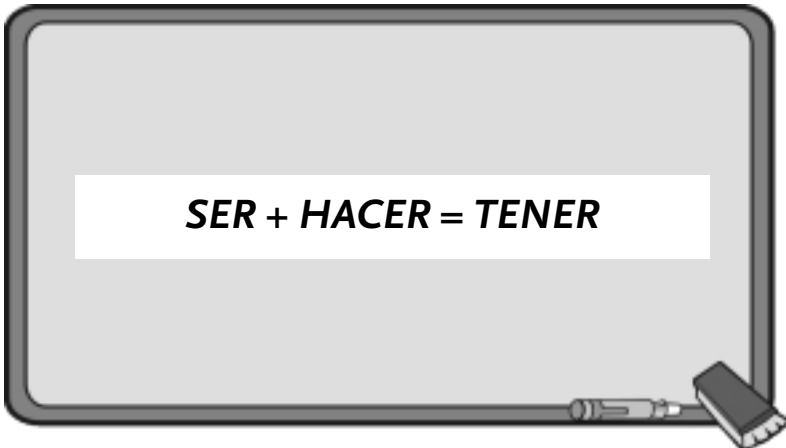
–Eso está muy bien Fátima –dijo Ángel una vez que Fátima hubo terminado su frase con un gesto de absoluto convencimiento de lo que decía, que a la vez dejaba bien claro que no admitiría menos para su vida–. De todos modos, quisiera que Marcos nos explicara qué es lo que quiere ser, pues lo que ha dicho es lo que quiere tener, y hay una tremenda diferencia, ¿no creéis?

–Sí, profe, para tener, primero tendremos que hacer, ¿no? –era Miguel. Este chico tenía algo especial que a Ángel le tenía totalmente enamorado. En gran medida le recordaba a él mismo cuando tenía su edad.

En ese momento Ángel se fue hacia la pizarra y escribió tres verbos unidos por dos guiones:



–Como vimos ayer, existe una clara pauta en el camino de nuestro desarrollo. En esta vida primero tenemos que ser, para, consecuentemente, **hacer** y, automáticamente, más tarde o más temprano llegar a **tener** –y entonces trazó dos rayas en lo que había escrito anteriormente, quedando así:



–Concentrarse en tener sin ser ni hacer conduce a la nada –en ese momento se quedó mirando a los chicos mientras reflexionaba el modo más simple y claro para mostrárselo—. Veamos, acabamos de pasar las Navidades, y con ellas la típica lotería de Navidad. ¿Alguno de vosotros conoce gente que juega a la lotería? –casi todos los chicos afirmaron con gestos y monosílabos que así era, por lo que Ángel continuó hablando—. Pues bien, ¿sabéis que la inmensa mayoría de las personas que ganan grandes premios, en pocos años están igual o peor que antes de ganar esas grandes sumas de dinero? –las caras de los alumnos denotaban una enorme sorpresa.

«Sencillamente, no estaban preparados para tener, pues no cumplieron la **gran regla de la construcción personal**. Como llegar a tener no les costó esfuerzo alguno, no alcanzaron esa riqueza que es fruto de un trabajo continuo, de un esfuerzo constante; por el contrario, al disponer de dinero sin más lo malgastan de forma lamentable. El dinero se les va con la misma facilidad que les vino.

»Cuando yo era pequeño y me regalaban cosas las rompía sin misericordia, me duraban poco, no les daba mucha importancia. Puede que fuera porque nunca supe el esfuerzo que para mis padres había representado comprarme ese regalo. Tampoco yo cumplía la gran regla de la construcción personal.

Miguel le pegó un codazo a su compañero Marcos y por lo bajo le dijo: «Eso es lo que te pasa a ti, ¿no, Marcos?». Hijo único, Marcos era un mimado al que sus padres daban todo lo que quería, convencidos de que así suplían la falta de tiempo que le dedicaban, pues ambos eran profesionales muy atareados. El padre era un alto ejecutivo de una multinacional y la madre consultora de recursos humanos en una firma nacional de reconocido prestigio. Marcos siempre pensaba que se lo merecía todo y que todo era gratis en la vida.

–Quiero que penséis todos en esto y que para mañana me traigáis una redacción con lo que queréis ser cuando seáis mayores. No debe ser más larga de dos caras.

En ese momento sonó el timbre que anunciaba el final de la clase. Los chicos, con la aprobación de Ángel, se levantaron y en orden fueron saliendo después de despedirse de su profesor. El aula se sumió entonces en un silencio casi inaudito en un colegio.

Ángel permaneció pensativo en su mesa. Mientras miraba por la ventana, recordó la primera reunión, en ese su nuevo centro escolar, que le llevó adonde hoy estaba...

–Tu clase está compuesta por alumnos de un nivel espectacular. Para que puedas darte cuenta en pocos minutos, recuerda que estos veinte chicos que vas a tener la fortuna de enseñar tienen unos coeficientes intelectuales muy por encima de la media, mostrando una disposición al esfuerzo que no se encuentra en ninguna otra clase e incluso en ningún otro centro.

»Ahora bien, debido a ese altísimo nivel y su inteligencia, querrán hacerte creer que no están por la labor de cooperar, mostrándose vagos e indisciplinados en más de una ocasión. Haz caso omiso de esa actitud. La realidad es que conseguirás de ellos lo que quieras. Obviamente este «lo que quieras» consiste en que sean los mejores muchachos que hayan pasado por ningún centro académico en toda España y en toda la historia de la enseñanza. El reto es maravilloso y contamos contigo para hacer realidad este objetivo. ¿Tienes alguna pregunta, Ángel?

–Bueno, ante todo, me siento agradecido y abrumado por la consideración que demostráis hacía mí al confiarme este objetivo, siendo como soy nuevo en este centro. Mi pregunta es muy simple y espero que no sea malinterpreta-

da: ¿por qué yo? Me refiero a que, bueno, me imagino que hay en este colegio profesores mucho más experimentados y con mejores historiales que yo... –una sonrisa y sonora carcajada se dejó oír en la habitación. Era Antonio Soriano, el director del centro, quien de hecho esperaba una objeción como esa.

–Querido Ángel, tu pregunta es muy correcta y en absoluto debes sentirte mal por hacerla. Efectivamente, hay en este centro profesores con un historial extraordinario que no dudamos de que podrían hacer una labor muy buena con estos chicos, pero hay un reparo en todos ellos –el gesto de Ángel invitaba a una rápida explicación, por lo que prosiguió su respuesta–. Todos ellos llevan muchos años aquí y conocen a los alumnos desde hace tiempo, por lo que lógicamente tienen ya opiniones formadas sobre cada uno de ellos. Sus prejuicios les podrían jugar malas pasadas a la hora de conseguir sacar de esos veinte chicos todo el potencial que realmente tienen. Por ello un profesor nuevo en el centro y joven como tú es el mejor, si me permites la expresión, «instrumento» para lograr conducir a estos alumnos al nivel que su enorme capacidad requiere.

–Estoy encantado de aceptar esta responsabilidad, si realmente voy a contar con los medios que dicho desarrollo va a exigir –replicó Ángel ante una comisión de profesores que lo miraban con enorme interés.

–No te quepa la menor duda, Ángel –habló Carmen, la jefa de estudios–. Este es un proyecto que puede representar un importante aldabonazo en el propósito de obtener unos fondos especiales de la Unión Europea para el desarrollo de un nuevo proyecto educativo, el cual se centra en enseñar actitudes correctas y no sólo muchos conocimientos que finalmente se olvidan.

»Del éxito de este programa, que tú vas a liderar con toda nuestra ayuda, va a depender el poder plantear una reforma educativa de enorme calado en la formación de nuestras nuevas generaciones. Sin ánimo de presionarte más, quiero que entiendas que si este proyecto da los resultados que todos aquí esperamos, el planteamiento estatal de un nuevo plan de estudios será una consecuencia más que posible.

»Y ni qué decir tiene, Ángel, que en el ámbito personal te puede catapultar a un puesto directivo en el mundo de la enseñanza.

—Ahora entiendo por qué insistíais tanto en la disponibilidad para asumir nuevos retos y cambios cuando me entrevistabais para la plaza. Sin duda este es uno grande —contestó Ángel con una sonrisa medio forzada, pues él, que siempre había creído en la importancia de mantener una buena actitud, había tenido que desistir ante la cruda realidad de una vida que le había dado «hasta en el cielo de la boca».

En ese momento la existencia de Ángel era un tanto esquizoide; por un lado estaba el Ángel de su juventud, ese chico triunfador y con grandes sueños que iba a comerse el mundo y creía que nada ni nadie lo detendría, y por otro estaba ese otro Ángel, más «maduro» y «experimentado», que había aprendido, a sus cuarenta y tres años, lo que la vida es en realidad: una lucha por ganar un sueldo con el que llegar a fin de mes, pagar las facturas y poder darte algún que otro homenaje, como unas vacaciones en la playa cada año y las cervecitas con los amigos durante el fin de semana.

Pero este reto le exigía ahora olvidarse del «Ángel maduro» y ciertamente un tanto cínico, para concentrarse en el «Ángel joven» y con ganas de comerse el mundo. Aunque la verdad era que en ese momento no sabía si tendría las fuer-

zas suficientes para llevar a buen puerto tamaña empresa. Por otro lado, la posibilidad, por fin, de conseguir un puesto directivo era una justa recompensa que buscaba hacía años, de modo que el éxito de este proyecto podía claramente representar el suyo propio, la consecución de su objetivo. Tenía que aceptar y conseguirlo. El puesto directivo tenía que ser suyo. En ese momento pensaba que dar clase estaba bien, pero que aguantar a tanto niño durante toda su vida era un horizonte nada atractivo. Al salir de la sala de profesores se estremeció ante el reto que acababa de asumir.

Iba a cerrar la puerta una vez se despidió de sus compañeros cuando Antonio le hizo una última advertencia:

—Ángel, una última puntualización. No digas a nadie nada de este proyecto. No comentes el tipo de alumnos que vas a tener, ni con el resto del profesorado, ni con los demás alumnos de este centro. Nadie sabe que en tu aula hay veinte chicos «muy especiales», ¿de acuerdo?

—Sí, supongo que sí. Guardaré silencio. Bueno, con Inés, mi mujer, sí que podré hablar, ¿no?

—Por supuesto, Ángel, con tu mujer puedes hablar, pero que no salga de vuestro dormitorio. Te recuerdo que tu hijo Óscar está estudiando en este colegio.

—De acuerdo, Antonio. Así lo haré. Podéis estar tranquilos, seré una tumba. Sólo hablaré con vosotros o con mi mujer, a solas.

—Bien Ángel, pasa un magnífico fin de semana y ven con todas tus fuerzas el lunes, que hay mucho que hacer. Veinte chicos de esta ciudad tienen una enorme suerte y todavía no lo saben: van a tener al mejor profesor que se haya visto nunca. Creemos en ti y sabemos que vas a hacer un trabajo encomiable. Estamos contigo siempre.

—Gracias, Antonio. Tus palabras significan mucho para mí en este momento.

Los otros tres integrantes del proyecto miraron al nuevo profesor con una entrañable sonrisa. Sintió como si le hubieran dado un cálido abrazo con la mirada. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan apreciado en un entorno laboral. Sólo su primer jefe le hizo siempre sentirse un triunfador. Después, a cada nuevo jefe que pasaba por su vida, parecía que la escala que le había tocado en suerte sólo pudiese descender, pues desde que se despidió de su primer y entrañable superior, no había hecho más que ir de mal en peor.

Al salir del edificio principal del colegio, camino de su coche, miró a unos cuantos chicos que jugaban en la cancha de baloncesto. Se preguntó si alguno de ellos sería uno de los veinte chicos de su clase. Un ligero estremecimiento le recorrió toda la espalda. El reto que le habían confiado parecía demasiado bueno para ser verdad. Llegaba en un momento de su vida en que buscaba un enorme cambio, pues ciertamente era consciente de que su trayectoria hasta llegar a ese centro había sido un camino hacia la perdición de la persona que quería llegar a ser, alguien importante en esta vida y capaz de «marcar la diferencia», como siempre le oyó decir a su primer jefe. Así las cosas, en este proyecto, y sin ser demasiado consciente, no sólo estaba en juego la vida de veinte chicos, sino la suya propia.